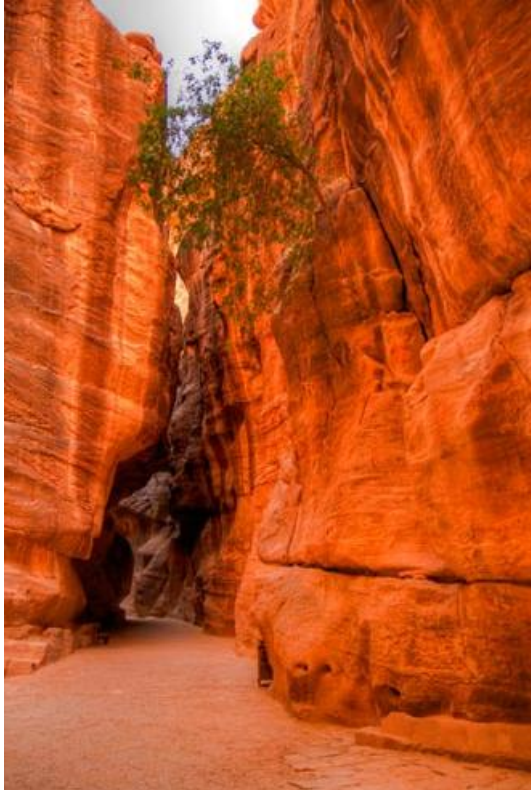


EL DESFILADERO DE LA VIDA



**CUENTOS FANTÁSTICOS
Y OTROS NO TANTO**

A mi hijo Fernando

A la entrada del Desfiladero, cada día, cada minuto, cada segundo, co-mienza un milagro en este planeta que llamamos Tierra. Hoy voy a intentar narrarte uno de esos milagros del que yo he sido testigo. El cuento no termina, pero así son los cuentos.

Era la medianoche del comienzo de un sua-ve otoño en las cercanías de la brumosa Londres el lugar exacto no tiene importancia. Pasaron varias horas hasta que el bebé logró hallar la salida, porque el camino era oscuro y apenas tenía fuerzas para deslizarse entre sus suaves y silenciosas envolturas y tampoco tenía ganas de abandonar su pequeño y cálido refu-

gio. Pero alguien, muy dulcemente, se lo pidió y él lo hizo. Hacia las diez y media, cuando ya el sol brillaba con timidez británica, el precioso niño nació, y comenzó a llorar. Como debe suceder en todos los milagros que comienzan en el principio del Desfiladero.

Gracias a Dios, el bebé era perfecto y estaba dotado con todos los órganos necesarios para cumplir con su misión. La misión no era sencilla, pero sí que era hermosa. Tenía luces y sombras, alegrías y llanto, pero, dicen las crónicas que todos o, casi todos, los que han recibido ‘el milagro’, intentan continuar su marcha.

Pero volvamos al pequeño niño. Durante mucho tiempo necesitó la ayuda de los técnicos, los especialistas que debían programar cada uno de esos órganos virgen para hacerlos funcionar correctamente. El cerebro del niño debería aprender a hacerse cargo, poco a poco, de todas las funciones. Saber coordinarlas, dirigir-

las y, lo más complicado, tenía que aprender a pensar por sí mismo para conocer perfectamente el funcionamiento de su pequeña máquina. A veces el cerebro parecía adquirir vida propia. Se mostraba rebelde, independiente y decidía funcionar a su aire. Se crecía al darse cuenta del poder que tenía sobre el cuerpo. A menudo se independizaba de ese cuerpo sin darse cuenta de que por encima de él, se encontraba el verdadero director de la complicada maquinaria.

Ese dueño misterioso era el ‘espíritu’. No sé cómo llamarlo, los sabios todavía no se han puesto de acuerdo. Pero era él, ‘el espíritu, el alma, el ego, el superego’, ¡qué más da!, lo único cierto es que ‘él’ es el que manda sobre todos y cada uno de los órganos del ‘pequeño milagro’. Para comprender mejor este cuento lo llamaremos ‘espíritu’, quizás esa palabra le añada algo de misterio a este breve relato.

Pues bien, ‘el espíritu’, que es el que realiza la parte más difícil de esta bella aventura: siente, sufre, toma las decisiones complicadas y asume todas las responsabilidades de sus actos.

Se agota, gasta su energía hasta la extenuación y se retira a descansar en algún rinconcito del laberinto donde tiene su morada. Y lo que es todavía peor, nadie en el resto del cuerpo lo comprende, ni siquiera lo escucha. Porque, escondido en un lugar recóndito del inmenso cerebro, ni siquiera tiene tiempo de escucharse a sí mismo.

Regresemos al árduo camino del Desfiladero.

El niño marcha solo porque ya ha recibido las instrucciones básicas y ha llegado el momento de cambiar de maestros, aunque los primitivos siempre estarán con él. En la Tierra lo que llamamos tiempo, jamás cesa, y el niño va creciendo y se convierte en hombre.

A derecha e izquierda, en las escarpadas paredes de la roca se abren ciertas oquedades misteriosas y el hombre siente la imperiosa necesidad de inspeccionarlas todas. Cuevas, montañas, bosques, colinas, y ciudades donde en-

cuentra más milagros (más mujeres y hombres). Pelea y se divierte. Sufre y goza. Trabaja, y su cuerpo y su mente le responden. Pero a veces, muchas veces, cuando el hombre cree que la vida que lo rodea está finalmente bajo su control, ésta lo sobresalta, le hace que los cimientos que él creía firmes bajo sus pies se tambaleen. Sólo entonces la parte del cerebro que se creía la dueña empieza a flaquear. El resto de los órganos del cuerpo se resienten, y fallan en su misión diaria. El cuerpo pide ayuda y grita, y ese lamento silencioso, por fin se desliza hasta el rincón de la cueva en el que el ‘espíritu’ permanecía dormido, satisfecho por el buen funcionamiento de su perfecta máquina. El lamento lo alcanza, lo zarandea y éste, avergonzado, se despierta. “¿Cómo he podido dejar que esto suceda?” Se contesta a sí mismo contrariado. Y retoma su puesto y le dice a su mente, la que rige al cuerpo:

— “No temas, sigue adelante, ya sabes que tú puedes hacerlo. Ya te has encontrado situaciones más difíciles y lograste vencerlas. No de-

bes preocuparte. No pienses más que en luchar contra el desierto y tú y el resto de mi cuerpo podéis de sobra hacerlo. Yo sigo aquí para ayudarte a ti y a todo lo que tú diriges con la mente. Pero no escuches la parte de esa mente que siempre nos engaña, o lo intenta. Esa parte traicionera que todos los ‘milagros’ llevan dentro. Yo soy la fuerza que dirige a todos los órganos del cuerpo, y sigo fuerte, y brillo y mando, y vosotros cumplís como siempre lo hacéis, aunque el esfuerzo parezca cada vez mayor. Sólo tienes que darme algo de tiempo porque estaba acostumbrado a la rutina cómoda de este Desfiladero que ya conozco bien y me había adormilado en la tranquilidad húmeda y fresca de mi oculta morada. Pero ya estoy alerta, despierto y funcionando. Acalla los temores que la mente traidora te susurra al oído. Sumérgete en el silencio y atiende a mis palabras, no dudes, no sopeses, no intentes luchar contra el destino, fluye, sólo escucha mis órdenes de fuerza y... ¡Adelante! Porque puedes hacerlo”.

Pero no he terminado todavía, continúa escuchándome unos segundos más. Quiero decirte que no debes preocuparte por nada. Haz tu trabajo lo mejor que puedas como siempre lo has hecho, que el resultado final aún está por venir. Ya sabes, hay miles de caminos en el “Desfiladero” y siempre tendrás tiempo de volver a elegir.

Madrid, invierno de 2014